

Proposiciones sobre la problemática cultural en Chile

MARIO GONGORA DEL CAMPO

1. La cultura, en el individuo como en los pueblos o en las épocas, vive del alma, de un principio interior, cada vez más rico mientras más interior y a la vez más capaz de expresarse hacia el exterior y de encarnarse en un mundo, sea un mundo de lenguaje o de configuraciones del mundo humano o natural. La cultura es la realización de lo anímicamente posible (Spengler). El alma, en su esfera más alta, es alma espiritualizada. La profundidad anímica puede llegar a ser iluminada por el espíritu.

2. La historia transita desde las intuiciones y presentimientos juveniles, hacia la equilibrada madurez y en fin hacia la ancianidad, y el sentido puramente pragmático o económico de la vida, en que ya no hay alma, sino pura dominación del raciocinio o del cálculo.

3. Mirando ahora a Chile, diríamos que tenemos dos raíces étnicas superpuestas. Una es el mundo indígena, que no llegó a la constitución de profundos simbolismos, como las culturas maya, mexicana o peruana, sino a un nivel medio.

4. Por otra parte, el mundo ibérico. Pero no el Siglo de Oro, que es realmente un integrante de la cultura occidental en su momento de alta madurez, sino estratos populares, acuñados culturalmente por la Reconquista y la situación hispánica de "frontera de guerra" entre la cristiandad y el islam. No hemos vivido hondamente ni el Renacimiento ni la Reforma. No hemos pasado por una auténtica monarquía barroca, sino por un sistema burocrático, producto de aquélla. Hemos conservado de España, sí, su estilo popular, tal vez andaluz, algo de su folklore, junto al folklore indígena, y

desde luego el espíritu de "frontera de guerra" y el modelo social del caballero. Pero no las cúspides del Siglo de Oro ni de la mística española. Nuestra religión es parte religiosidad popular, y parte un aspecto del Estado y de la política, o sea, clericalismo.

5. Por otra parte, el casticismo español no es propiamente parte integrante de la alta cultura occidental, ni de la Edad Media, ni de la modernidad. Unamuno lo ha caracterizado espléndidamente al señalar en él dos vertientes contrapuestas. Por un lado, el puro aspecto racionador, ya sea escolástico, ya abogadil sin carga anímica ni verdaderamente teórica. Por otro lado, la vertiente voluntarista, arrojada, llena de coraje y generosidad, individualista pero no verdaderamente individualizante, presta siempre a la guerra, al caudillaje, al caciquismo, al "no se me da la gana". Pero ninguna de ambas vertientes toca al "Espíritu viviente", ideal de un Shakespeare, de un Pascal, de un Goethe. Quizás tan sólo un San Juan de la Cruz.

6. En el Chile republicano, mucho de esta herencia se continúa, bajo el lenguaje heredado de la Ilustración francesa y del liberalismo europeo. Se presentan dos estratos culturales muy distantes. Por una parte el pueblo, con sus valoraciones tradicionales procedentes del mundo mestizo hispano-indígena; por otra, una capa cultivada intelectualmente más que anímicamente, socialmente extraída del mundo de terratenientes y de las capas medias de profesionales liberales. Estas últimas capas son las que dirigen el mundo del Estado, de la Iglesia, de las profesiones, que tienen análogo patrón de concepciones básicas, formadas en la Universidad Republicana, clave fundamental de esta cultura docta, de inspiración francesa, un momento neoclásico con Bello, otro momento positivista con Valentín Letelier o neoescolástico con Rafael Fernández Concha. Y hoy día de inspiración norteamericana en las Ciencias Básicas, en la Economía y la Sociología, y en fin en la Pedagogía.

Ni la historia, a pesar de todos sus aciertos en la investigación de hechos, o en este siglo en el ensayo interpretativo (Alberto Edwards), ha llegado con todo a un sentido espiritual, a la inspiración de un Jacobo Burckhardt, cuando éste escribía que "lo que fue antes júbilo y lamentación, debe tornarse ahora reconocimiento, como acontece también en la vida del individuo. Con esto obtiene asimismo un sentido más elevado y al propio tiempo más modesto la frase 'Historia maestra de la vida'. Por la experiencia no queremos tanto volvernos prudentes, para un momento, sino sabios para siempre". En suma, la historia no es aún, entre nosotros, historia del espíritu ni del alma.

7. Puede ser que, sin embargo, la creación más alta del Chile del siglo XX que nos coloca en un nivel de verdadera cultura espiritual, es una creación poético-tomando "poesía" en su más generosa acepción.

Para mi gusto, la cima está en el último Vicente Huidobro. Pero no quiero omitir a Gabriela Mistral, al Neruda de *Residencia en la Tierra* (y sólo a ese Neruda), a los otros poetas encabezados por Eduardo Anguita, a los pintores, a los arquitectos como Juan Borchers, al grupo de arquitectos-poetas de Valparaíso (Godofredo Iommi y Alberto Cruz Covarrubias), al Miguel Serrano de *Ni por mar ni por tierra*. Creo que en esta inspiración poética hemos logrado acercarnos a una real cultura del alma.

8. La cultura popular sigue entretanto su curso intemporal, sujeto a sus propias leyes. Pero el núcleo central de la cultura docta, la Universidad, ¿qué rol debe asumir, si es que nuestro inventario es válido?

Fundamentalmente, creo yo, ser humilde. Saber que ella no es la creadora de la cultura, sino que ésta es producto de individualidades, de raras individualidades, que pueden surgir tanto dentro como fuera de la Universidad: la mayoría de nuestros poetas no son universitarios en el fondo, o lo son "fuera de serie". El espíritu sopla donde quiera. Lo más que puede la Universidad en relación con la cultura es allanar el paso, no estorbarla, presentar estímulos, pero sin estar nunca dogmáticamente segura de la validez de esos estímulos, sujetarlos siempre a revisión. Y aquí está, creo yo, el papel singular e interno de las comunicaciones en la Universidad. Ni las profesiones liberales, ni la investigación, son siempre "cultura", pero pueden llegar a serlo.

Humildad, en seguida, en aceptar que se puede no acertar. La investigación, las profesiones, la comunicación, son eminentemente falibles, pueden ser anticuadas y rutinarias, o pueden abrirse a innovaciones inauténticas. La vida espiritual es siempre un riesgo y el ambiente academicista no quiere aceptar el riesgo de lo que es viviente. El academicismo universitario más peligroso en el siglo XX consiste en el cientismo y en la ciega especialización. La especialización es necesaria, pero debe conservarse siempre la jerarquía y el horizonte abierto al total, evitar todas las supersticiones propias de la ortodoxia científica. Ezra Pound, en un ensayo que tituló "Provincialismo y el enemigo" reprochó a su patria el haberse inspirado, desde la segunda mitad del siglo XIX, en la enseñanza y autoridad de Alemania, que ya no era la Alemania de Goethe y de los románticos, sino en la Alemania de la superespecialización, que había desterrado por tanto el aliento humanista al haber concebido al hombre nuevamente como una "unidad"

y una unidad uniformable, siendo que Goethe veía en el hombre un microcosmos, una individualidad en relación con el todo.

El gran mal de la universidad chilena, y de Chile en total, es no respetar la individualidad, y reducir la libertad a la libertad económica y política. La verdadera individualidad (no el individualismo) supone necesariamente la libertad espiritual.

Por eso creo que, fundamentalmente, antes de criticar los medios de comunicación, debemos repensar hasta qué punto llegamos a una real "cultura".